

LA COMISIÓN PARA LA INMORTALIZACIÓN

LA CIENCIA Y LA EXTRAÑA CRUZADA
PARA BURLAR A LA MUERTE

JOHN
GRAY

estraye sexto primo

La Comisión para la Inmortalización

La ciencia y la extraña cruzada para burlar a la muerte

JOHN GRAY

TRADUCCIÓN DE CARMÉ CAMPS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del
editor.

Título original
The Immortalization Commission.
Science and the Strange Quest to Cheat Death

Copyright: © JOHN GRAY, 2011
All rights reserved

Primera edición: 2014

Traducción
© CARME CAMPS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C.V., 2014
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

Impresión
KADMOS

ISBN: 978-84-15601-71-5
Depósito legal: M-15043-2014

Impreso en España

Cada agujero de bala es un portal a la inmortalidad.

FREDERICK SEIDEL

El amor todo lo puede salvo resucitar a los muertos.

EMILY DICKINSON

ÍNDICE

PRÓLOGO: Dos intentos de engañar a la muerte 13

1. ESCRITOS AUTOMÁTICOS INTERCONECTADOS 19

Darwin asiste a una sesión de espiritismo – F. W. H. Myers y Henry Sidgwick fundadores de la Sociedad para la Investigación Psíquica acuerdan enviarse mensajes después de morir – Escritura automática y escritos automáticos interconectados – Alfred Russel Wallace, codescubridor de la selección natural y converso al espiritualismo – Sidgwick en la búsqueda de la vida después de la muerte y un agujero negro en la ética – Darwin sobre la inmortalidad del alma – Discursos de George Eliot sobre el deber durante el crepúsculo en el jardín del Trinity College – Diversas formas de vida después de la muerte - Myers y la evolución póstuma – El mensaje de Sidgwick desde la tumba: «Sigo buscando» - Dos versiones del inconsciente – El yo subliminal y el poder de la suplantación - Henry Sidgwick y madame Blavatsky - Sidgwick, Myers y sexo homosexual – Myers y un amor secreto - Arthur Balfour sobre la filosofía de la autoderrota del naturalismo científico – El amor de Balfour, muerto hace tiempo, le envía un mensaje – Domingo de Ramos - Escritos automáticos interconectados, la historia y el plan - Eugenesia post mórtem y un niño mesiánico – Una carta desde Marte – La aparición y desaparición de «Clelia», la musa sobrenatural de Myers – Un romance subliminal llega a su fin - Ouspenski sobre el eterno retorno – Llamas sobre Londres.

2. CONSTRUCTORES DE DIOS 103

H. G. Wells llega a Rusia y se enamora - Moura, la confidente de Maksim Gorki y la «amante-sombra» de Wells - Robert Bruce Lockhart, Moura y la «conspiración Lockhart» - Wells descubre

la vida secreta de Moura - La risa de Moura - El olor de la miel - Wells, Darwin y el doctor Moreau - «No existe un "modelo de lo que está por llegar"» - Maksim Gorki, constructor de Dios - Anatoli Lunacharski, ocultista y comisario soviético de Instrucción - Vladímir Bójterev, neurólogo y parapsicólogo, hace una visita a Stalin - Lamarck y Lysenko - El humanismo del canal del mar Blanco - Gorki sobre la exterminación de roedores - La Inmortalidad y la ciencia de cohetes: Konstantín Tsiolkovski - Stalin, una enorme pulga - La maleta de viaje de Gorki - La muerte de Gorki: «El final de la novela el fin del héroe el fin del autor» - Leonid Krasin, ministro soviético, blanqueador de dinero y pionero de la criogenia - Nikolái Fiódorov, místico ortodoxo y tecnoinmortalista - La Comisión para la Inmortalización - Kazimir Malévich, cubofuturista e inspirador de la tumba de Lenin - *Victoria sobre el sol* - Dos superhombres chequistas - La máquina de café de Stalin - La máquina de la muerte - Agua de colonia, cenizas y pan recién hecho - Walter Duranty, discípulo de Aleister Crowley y apologista de Stalin - La actuación de método y las farsas judiciales - La hoguera de Moura.

3. DULCE MORTALIDAD

191

De la escritura automática a la suspensión criónica - Congelación y muerte por inanición para conseguir la vida eterna - El calentamiento global y la Tierra mortal - Ray Kurzweil y la singularidad - Inteligencia artificial y evolución virtual - Inmortalización, un programa para la extinción humana - La ciencia como máquina para generar problemas insolubles - Las leyes naturales o el caos primordial - Lluvia - El dulce aroma de la muerte en Casablanca - La caída de una hoja.

AGRADECIMIENTOS

219

NOTAS

223

LISTA DE IMÁGENES

243

PERMISOS

245

PRÓLOGO

DOS INTENTOS DE ENGAÑAR A LA MUERTE

A finales del siglo XIX y principios del XX, la ciencia se convirtió en el vehículo con que se pretendía hacer frente a la muerte. Se apeló al poder del conocimiento para liberar a los humanos de su mortalidad. La ciencia se utilizó contra la ciencia y pasó a ser un canal para la magia.

La ciencia había revelado un mundo en el que los humanos no eran diferentes de otros animales a la hora de enfrentarse al olvido definitivo cuando morían y, a la larga, a la extinción como especie. Éste era el mensaje del darwinismo, que ni siquiera el propio Darwin aceptaba por completo. Casi todo el mundo la consideraba una visión intolerable, y como la mayoría había abandonado la religión, se volcó en la ciencia para escapar del mundo que la ciencia había revelado.

En Gran Bretaña surgió un poderoso movimiento, bien relacionado, que pretendía encontrar pruebas científicas de que la personalidad humana sobrevivía a la muerte corporal. Los investigadores psíquicos, apoyados por algunas figuras destacadas de la época, creían que la inmortalidad podía ser un hecho demostrable. Las sesiones que eran tan populares en esta época no eran meros juegos de salón victorianos inventados para distraerse en aburridas veladas. Formaban parte de una búsqueda ansiosa, a veces desesperada, del sentido de la vida; búsqueda que atrajo al filósofo de Cambridge Henry Sidgwick, autor de un estudio de ética que todavía se lee hoy en día; a Alfred Russel Wallace, codescubridor junto con Darwin de la selección natural y converso al espiritualismo; y a Arthur Balfour, que en un tiempo fue primer ministro británico y presidente de la Sociedad para la Investigación Psíquica, que hacia

el final de su vida se interesó por la correspondencia mediante escritura automática con una mujer fallecida mucho tiempo atrás, a la que muchos creían que él había amado.

Lo que impulsaba a los investigadores psíquicos a buscar pruebas de que la personalidad humana sobrevivía a la muerte era la repulsión que les producía el materialismo científico. No obstante, a menudo su búsqueda tenía otros motivos más personales. Destacados investigadores psíquicos, miembros de una élite que se protegía del escrutinio público manteniéndose fiel a un código secreto, utilizaban sus investigaciones en el campo de lo paranormal para revelar, y luego ocultar de nuevo, aspectos de su vida que o ellos o su ambiente no podrían o no querían aceptar. En un caso, que no se hizo público hasta casi un siglo después, se vieron implicados en una conspiración secreta para concebir a un hijo mesiánico. Comunicándose con los muertos a través de la escritura automática, miles de páginas de texto compuestas con este método durante casi treinta años, estos investigadores psíquicos creían que formaban parte de un experimento emprendido por científicos fallecidos que, trabajando desde el otro mundo, podrían traer la paz al mundo terrenal.

Mientras parte de la élite inglesa se sentía atraída por la investigación física, en Rusia estaba surgiendo un movimiento antimuerte. Igual que en Inglaterra, la ciencia y lo oculto no se hallaban separados, sino mezclados en una corriente de pensamiento que pretendía crear un sustituto de la religión. Donde más claro estaba esto era entre los «constructores de Dios», una sección de la *intelligentsia* bolchevique que creía que los humanos algún día, tal vez pronto, podrían vencer a la muerte. Junto con Maksim Gorki, entre los «constructores de Dios» se encontraban Anatoli Lunacharski, ex-teósofo que fue nombrado comisario de Instrucción en el nuevo régimen soviético, y Leonid Krasin, discípulo del místico ruso Nikolái Fiódorov, que creía que mediante la tecnología se podía resucitar a los muertos. Krasin, que llegó a ser ministro soviético de Comercio, fue una figura clave en las decisiones que se

tomaron respecto a la conservación de los restos mortales de Lenin por parte de lo que vino a llamarse célebremente «la Comisión para la Inmortalización».

Los «constructores de Dios» rusos creían que se podía vencer a la muerte utilizando el poder de la ciencia. Los investigadores psíquicos ingleses creían que la ciencia podía demostrar que la muerte era un paso a otra vida. En ambos casos los límites entre la ciencia, la religión y la magia eran confusos o inexistentes.

En Rusia, al igual que en Gran Bretaña, la ciencia se utilizaba para rebatir lo que afirmaba Darwin: los humanos son animales sin ningún destino especial que les asegure un futuro después de su paso por la Tierra. El narrador científico H. G. Wells no necesitaba que lo convencieran de esta verdad. Wells dedicó su vida a persuadir a todo el que quisiera escucharlo de que la minoría inteligente tenía que hacerse con el control de la evolución. Viajó a Rusia para reunirse con Gorki y con Lenin, líderes del nuevo régimen bolchevique, quienes creían que podían salvar a la humanidad del caos de la historia. Pero cuando se encontró en Rusia, Wells tuvo una relación con una mujer que había aprendido que no había salida y que más adelante se convertiría en su compañera de por vida. El arte de la supervivencia implicaba seguir el curso de los acontecimientos, que en el caso de ella significaba espiar a Wells —y antes de Wells a Gorki— para la policía secreta. La revelación del modo en que había logrado sobrevivir la mujer que él describía como la «amante-sombra» hizo añicos la visión del mundo que Wells tenía. Incapaz de romper con una amante a la que no podía comprender, descubrió que él no era diferente del resto de la humanidad. La minoría inteligente en la que tenía puestas sus esperanzas no existía, y se vio obligado a aceptar que no se podía evitar la extinción de la humanidad.

Si bien en ambos casos se utilizaba la ciencia con el fin de hallar la inmortalidad, las rebeliones contra la muerte en Inglaterra y en Rusia fueron muy diferentes. Una razón fue que sus circunstancias eran muy distintas. Durante todo el

período en que floreció la investigación psíquica, la vida británica mantuvo una continuidad. Ni siquiera la Gran Guerra hizo desaparecer el modelo de sociedad que prevalecía. La Tierra se vio sacudida, pero la antigua casa quedó en pie. Si la muerte tenía que ser vencida en estas circunstancias, lo sería mediante la acción de los vivos.

El objetivo de los investigadores psíquicos era no sólo demostrar que la mente humana seguía activa después de la muerte del cuerpo, sino permitir que los muertos se pusieran en contacto con los vivos. En la escritura automática el objetivo incluso era de mayor envergadura. Se imponía a los muertos la tarea de salvar a los vivos; el mesías creado póstumamente salvaría a la humanidad de sí misma. El mundo podía ir desliziándose hacia la anarquía, pero al Otro Lado el progreso continuaba.

En Rusia no existía el Otro Lado. Una civilización entera se había desvanecido, y con ella había desaparecido el más allá. La fe en el progreso gradual, debilitada por la Gran Guerra en Gran Bretaña, quedó destruida en Rusia. La mejora paso a paso, que tanto apreciaban los liberales, simplemente ya no era posible. Pero la idea de progreso no se abandonó: se radicalizó, y los nuevos gobernantes de Rusia estaban más firmemente convencidos de que la humanidad avanza a través de las catástrofes. Había que destruir no sólo las instituciones sociales sino también la naturaleza humana, para después reconstruirlas. Una vez que se dominara por completo el poder de la ciencia, se podría vencer a la muerte mediante la fuerza. Pero para conseguirlo había que rehacer el animal humano, tarea que requería matar a decenas de millones de personas.

Tanto los «constructores de Dios» como los investigadores psíquicos creían que los humanos tenían más poderes que los que reconocía la ciencia de la época. En realidad, la investigación científica de lo paranormal no lograba revelar los nuevos poderes humanos con los que ellos soñaban. En cambio, mostraba los límites del conocimiento consciente, y los muchos canales de la vida que la voluntad humana no puede

dominar. Gran parte del estudio de lo paranormal constituye lo que en la actualidad llamamos pseudociencia. Pero la línea que separa la ciencia y la pseudociencia es confusa y cambiante; sólo parece claro dónde reside cuando se examina en retrospectiva. No existe una ciencia prístina que no haya sufrido los caprichos de la fe.

Una vieja leyenda hace creer que la ciencia empezó con el rechazo de la superstición. En realidad fue el rechazo del racionalismo lo que dio lugar a la investigación científica. Los pensadores antiguos y medievales creían que podía comprenderse el mundo aplicando los primeros principios. La ciencia moderna empieza cuando primero vienen la observación y la experimentación, y los resultados se aceptan aunque aquello que muestran parezca imposible. Por paradójico que resulte, el empirismo científico —confiar en la experiencia real y no en principios supuestamente racionales— con mucha frecuencia ha ido acompañado del interés por la magia.

La ciencia y lo oculto han interactuado en muchos puntos. Llegaron juntos en dos revueltas contra la muerte, afirmando cada una de ellas que la ciencia podía dar a la humanidad lo que la religión y la magia habían prometido: la vida inmortal.

Leonid Krasin fue un ingeniero de la antigua Unión Soviética que propuso congelar el cadáver de Lenin para devolverlo a la vida cuando fuera científica y tecnológicamente posible. Formaba parte de la conocida como «Comisión para la Inmortalización». Y de ello trata precisamente el nuevo y fascinante ensayo de John Gray: de la obsesión humana por trascender la mortalidad.

Si por un lado los investigadores psíquicos victorianos pretendían demostrar de una manera científica la existencia del alma y para ello se servían de extrañas sesiones de espiritismo en las que escribían textos automáticos interconectados para entrar en contacto no con el magma del inconsciente –como harían más tarde los surrealistas–, sino con el más allá, los «constructores de Dios» de la Unión Soviética, por su parte, no buscaban pruebas de vida después de la muerte, sino divinizar a la humanidad a través de la técnica y la razón, creando a un nuevo hombre libre de toda imperfección. Pero para matar a la muerte habría que matar primero al hombre. Y eso hizo, de manera implacable, la eficiente máquina de muerte soviética.

Espiritismo, bolcheviques, Darwin, dobles agentes, extravagantes profesores ingleses, presencias ultramundanas, sociedades secretas, Stalin, extraterrestres, mesías póstumos y la momia de Lenin... Una galería de personajes y de situaciones digna de una novela –si no perteneciera ya a esa novela insuperable que es la historia– y que en manos de John Gray da lugar a un ensayo lúcido y apasionante sobre la necesidad que siempre ha tenido el hombre –ya sea a través de la religión o de la ciencia– de creer en la inmortalidad. En realidad, nos dice Gray, se trata de un profundo miedo a lo ingobernable, a esa contingencia que rige el destino de todos los seres humanos y que habría que aceptar con humildad: «El más allá es como la utopía, un lugar donde nadie quiere vivir».

«Con el tiempo, la escritura de Gray se vuelve más fragmentaria, cercana por una parte al epigrama y por otra al *collage*, y más apegada a la literatura».

ANTONIO MUÑOZ MOLINA, *El País*



ensayo sextopiso

